

La Bandera Colombiana

La bandera colombiana, gloriosa entre las gloriosas, es la bandera de Francisco Miranda. El Precursor la trajo, en su primera expedición libertadora, al tope del "Leander". En 1808. Esa enseña magnífica, llamada a tan heroico destino, surgió, como dice don Santiago Key Ayala, "de las ondas como Venus". Ha sido exaltada, en hermosos cantos, por los poetas. Ha sido glorificada, también, por los pintores en el lienzo. Ha sido inmortalizada, con igual fervor, por los músicos en entrañables himnos. No es para menos. Claro está. Señala el nacimiento de la república; le ilumina los pasos a través de la guerra emancipadora; flamea, alta y airosa, sobre los campos "Carabobo, Boyacá- donde libró las batallas decisivas.

La bandera colombiana, hemos dicho, ha sido exaltada por poetas, por pintores, por músicos. Es motivo perdurable de inspiración para el artista. Cualquiera que éste sea. Ahora bien. Tratándose de artistas han sido los poetas los más constantes, los más apasionados, los más numerosos glorificados-res de nuestro pabellón. No en balde es éste, desde siempre y para siempre, nuestro iris épico por antonomasia. Así lo comprendió, al rompe, el hasta ahora máximo cantor de la bandera. El poeta bogotano don José Joaquín Ortiz. Su poema "La Bandera Colombiana" continúa en pie, casi un siglo después de escrito, en medio de los cambios, a veces radicales, de la sensibilidad.

"La Bandera Colombiana" es poema edificado, como si dijéramos, en diez estancias, que constituyen una relativamente breve Silva. Primer acierto del poeta. La Silva es poema de abolengo clásico; tiene tradición ilustre: ha sido utilizada, en todos los tiempos, para cantar motivos entrañables al individuo y entrañables, asimismo, a la colectividad ha tenido, así, tanta eficacia en lo lírico como en lo épico; la ha tenido, sin ir muy lejos, conjuntamente en lo lírico y lo épico: "A la Agricultura de la Zona Tórrida" es ejemplo definitivo que todos conocemos.

La gracia, sin embargo, el hallazgo más bien, de nuestro poeta consistió en la elaboración del poema. El motivo central, ya lo sabemos, es de naturaleza heroica. No lo ignoraba, ni mucho menos, el señor Ortiz. Pues bien "La Bandera Colombiana" se desata, ya en la primera estancia, como "gran torrente que baja de los Andes despeñado". Es, arrolladora, la guerra de la independencia. Pero, estéticamente, no es más. Nuestro poeta, de una vez, corrige el ímpetu heroico; y hace flamear, sobre el turbión bélico, el pabellón miran diño. Esto no mas basta. La paz -por algo la bandera tiene los mismos colores del iris-queda establecida para todos los hombres. Dios, expresa el poeta, que lo crea todo, creó a Colombia; y, luego luego, creó también la bandera; y la entregó al Libertador. Este,

de triunfo en triunfo la llevó, de donde Orinoco se lanza al mar profundo a donde el Potosí su nivea cumbre en la región del firmamento esconde".

El canto a "La Bandera Colombiana" desde la cuarta estancia hasta la última, identifica el destino del pabellón con los pasos, con la pujanza, con la obra en fin, de Bolívar. La identificación resulta, en algunas estancias al menos, tan perfecta, que el lector se pregunta si no se saltó el tema, sin pensarlo mucho el poeta. Es entonces cuando regresamos, dudosos de la unidad, en la lectura. ¿Para qué? Para comprobar, desatados de admiración, que la obra ni yerra el camino, ni pierde aliento. Donde estuvo la bandera, estuvo el Libertador. Donde anduvo el Libertador, anduvo también la bandera. ¿Cómo separar la una del otro, el otro de la una?

La entonación épica, claro está, no empecé el desarrollo lírico. Una y otro, a la vez, llevados dentro de sostenida atmósfera religiosa. La alusión final a Miranda cierra, noblemente, el canto. El canto de más sostenido aliento heroico, de más entrañable unidad lírica que la inspirado el símbolo patrio. El canto-más perfecto, más perdurable, entre los de don José Joaquín Ortiz.